



las Indias (1). Jorge Cardoso asegura que el P. Juan Perez fué el primer sacerdote que pisó el Nuevo Mundo, y de consiguiente el que primero celebró allí el santo sacrificio de la misa (2). Fortunatus Hubertos, en su *Cronologia franciscana*, dice, que siguió á Cristóbal Colon en su segundo viaje, y bendijo la primera cruz (3), y no es ménos explícito el P. Pedro Simon, provincial de los franciscanos en Nueva Granada (4).

Sin embargo de que por orden de jerarquía habia debido el P. Boil ser el primero que oficiara en aquellas apartadas regiones, se declinó este honor en la familia seráfica, por estar el P. Marchena á bordo de la capitana, mién-

(1) Fr. Juan Melendez, *Tesoros verdaderos de las Indias*, lib. I, cap. I, fol. 4.

(2) Jorge Cardoso, *Agiologio Lusitano*, t. III, página 40.

(3) Fortunatus Hubertos, *Menologium S. Francisci. Histórica proloquia*, p. 67.

(4) Fr. Pedro Simon, *Noticias historiales de las conquistas de Tierra firme en las Indias Occidentales*, prim. notic., cap. XV, § 1.º

tras que el P. Boil iba con los demas religiosos en otra carabela (1).

Parece justo que el primero en adivinar á Colon, en ampararlo, en participar de sus pensamientos, y que concibió la idea de un Nuevo Mundo, rogó á Dios y suplicó á la reina facilitase los medios para descubrirlo, fuera el primero que celebrase los santos misterios en el Océano, y el primero tambien en bendecir sus orillas en nombre de Jesucristo. Para suceder esto se reunieron en su favor circunstancias muy singulares. Sin solicitarlo se vió llamado por la reina á partir en este viaje como sabio, y por estos títulos formó parte del estado mayor, fué en la capitana, desembarcó con el almirante para cada toma de posesion, y se encontró así ser el primer religioso que pisó el nuevo territorio y tuvo la ventura de plantar la cruz en él.

(1) Tenemos la prueba escrita y grabada en un libro de un benedictino, hecho en elogio del P. Boil, que en la lámina IV representa la nave del vicario apostólico á alguna distancia de la del almirante. Honorius Philoponus, *Nova typis transacta navigatio novi orbis Indiæ Occidentalis*, etc. en f. 1621.

CAPITULO XIX.

Sale Colon del puerto de Cádiz con diez y siete velas.—Llega á las Canarias.—Se propone consagrar á la Virgen María las primeras tierras que descubra, y se dirige por un rumbo desconocido á las islas Caribes.—El 2 de Noviembre anuncia la tierra para el dia siguiente, y se descubre en efecto al romper el alba.—Huellas de antropófagos.—El veedor Diego Marquez se extravía en la tierra de los canibales.—Vanos esfuerzos hechos para encontrarlo.—Su vuelta inesperada.—Dáse libertad á los cautivos hechos por los antropófagos.—El almirante descubre sucesivamente la Dominica, la Guadalupe, Monserrat, Antioya, Santa Cruz, Santa Úrsula y las Once mil vírgenes.

Una multitud de embarcaciones cruzaba sin cesar por la bahía de Cádiz. La causa de esta animacion era catorce carabelas, ancladas al rededor de tres grandes carracas, de las cuales la mayor, llamada *Marigalante*, con bandera de capitana, contenia á su bordo los primeros elementos de una colonizacion.

Además de los víveres y plantones, trigo, avena, legumbres y centeno para sembrar las tierras, habia hecho embarcar el almirante, ganado, caballos para semilla, instrumentos de agricultura, hierro, ladrillos, cal, etc.

Sin contar el estado mayor, los religiosos, los soldados, labradores, jardineros, herreros, carpinteros, albañiles y criados de servicio, formando un efectivo de quinientos hombres, pagados por la corona (1), un gran número de individuos de todas edades y clases, alucinados con las regiones de la especería y del oro, solicitaban el favor de que los llevasen á ellas, pagando su viaje. No pudieron admitirse más que setecientos, que fueron repartidos en las carabelas; pero tal era el frenesí de oro, que

(1) Oviedo y Valdés. *Historia general de las Indias*, lib. II, cap. VIII.

más de trescientos aventureros se ocultaron en los buques, agazapándose entre la carga, y algunos hasta en la bodega. ¡Qué contraste entre la consternacion y las lágrimas que señalaron la primera partida de Pálos, con el regocijo y la impaciencia que se notaba en torno de la flota!

En la *Marigalante* tomaron sitio el bachiller Gil García, alcalde mayor; Bernal Diaz de Pisa, teniente de veedor general; Sebastian de Olano, contador de real Hacienda; el astrónomo fray Juan Perez de Marchena; el primer cirujano, doctor Chanca; el comendador Gallego; el comendador Arroyo; Juan Aguado, mayordomo de la capilla real; los hidalgos Gaspar Beltran, Pedro Margarit, Francisco de Peñasola, Pedro Navarro y micer Girao, de la servidumbre de la reina; Juan de la Vega, ayuda de cámara del infante; Melchor Maldonado, pariente del cosmógrafo; Ginés de Corbalan, que se habia distinguido en la guerra contra los moros; el metalúrgico real, Fermin Zedo; el ingeniero mecánico Villacorta y dos intérpretes, indios bautizados, de los cuales uno era de Guanahani, primer punto que se descubrió, y tenia por padrino al hermano del almirante, llamándose,



como él, Diego Colon. Allí estaba tambien, como pasajero, el apreciado Francisco de Casaus, más conocido con el nombre de Las Casas, y cuyo hijo Bartolomé, á quien su amor por las Indias debía inmortalizar, estudiaba entónces en Sevilla (1).

El almirante, un poco enfermo, pero con el espíritu siempre vigoroso, tenía á su lado á su hermano más jóven D. Diego, que iba á partir con él, y á sus dos hijos, Diego y Fernando, venidos para despedirlo. En el momento en que se anunció el viento favorable, Colon se encontró repentinamente restablecido, y el 25 de Setiembre, una hora ántes de salir el sol, á la vista de sus hijos que lo miraban desde la orilla (2), dió en la *Marigalante* la órden de aparejar.

Siguióle la escuadra, gobernando hácia las islas Canarias, en que debían tocar, y á las cuales llegaron el 1.º de Octubre. Se remedió la vía de agua descubierta en una de las carabelas, partieron al día siguiente á media noche, y el 5 de Octubre anclaron en la Gomera para hacer leña y agua, y comprar terneras, cabras y ovejas, que pensaba Colon debían aclimatarse más fácilmente en el Ouevo Mundo que los animales traídos de España. Embarcó ocho cerdos, que uno con otro tuvieron de costo diez y ocho reales de vellon, y de los que provienen cuantos existen en las Antillas y en el nuevo continente (3); tomó tambien pollos, gallinas y plantas y semillas de huerta. El lúnes 7 de Octubre, cada capitán de carabela recibió un pliego cerrado, que sólo abriría en caso de que alguna borrasca lo separase del resto de la escuadra, y en él indicaba el almirante el cami-

(1) La mayor parte de los historiadores confunden con su padre al célebre Bartolomé Las Casas, y lo hacen salir para la Española en 1493; pero en esta época Bartolomé no había concluido sus estudios, y sólo á la vuelta de su padre, en 1498, fué cuando pasó á estudiar á la universidad de Salamanca derecho civil y canónico.

(2) «Un' hora avanti il levar del Sole, essendovio e mio fratel presente.»—Fernando Colombo, capítulo XLV.

(3) Las Casas. *Historia de las Indias*, lib. I, capítulo LXXXIII.—Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias Occidentales*, decada 1, lib. II, cap. VI.

no que había que seguir para llegar directamente á la Española. Inmediatamente dispuso Colon la salida; pero por siete días lo detuvo la calma á la altura de las Canarias, hasta que el 14 se levantó un brisote del E. y con su ayuda perdieron de vista las crestas de la isla de Fierro.

Gobernó Colon mucho más al S. en este que en el viaje precedente, pues quería llegar á la tierra donde moraban aquellos terribles caribes, de que tan pavorosas descripciones le hicieran, y así tomó directamente su camino. Lo mismo que en la primera travesía, su buque era uno de los más pesados, y á menudo la flota necesitaba acortar vela para esperarlo. Habia izado su bandera en él, sólo porque se llamaba *Marigalante*. Ya sabemos que «fué devoto de la virgen» (1), y ahora añadiremos, que por esa razon puso su segunda empresa bajo su especial proteccion, y resolvió dar su nombre á las primeras islas que descubriera. La abogada de los marineros, la estrella del mar parecia, complacida de su homenaje, favorecer la navegacion, dando tranquilidad y sosiego á los navegantes. Por espacio de doce días y doce noches no hubo que dar una virada; la llanura herbácea no se divisó; pero el 26 de Noviembre sobrevino un chubasco, que duró cuatro horas, durante el cual percibieron los marineros el fuego de San Telmo por las perillas de los palos, con lo que se regocijaron, pues la gente de mar estaba persuadida de que, cuando se fijaba sobre un bajel no podia zozobrar (2), por mucho que arreciara la tormenta.

Proseguian navegando bien, y pasadas siete singladuras, el almirante, al observar las variaciones repentinas del viento, la calidad de la lluvia y el color de las aguas, conoció la vecindad de la tierra, á pesar de que ninguno lo sospechaba aún, y tan confiado quedó de descubrirla, que al cerrarse la noche hizo poner á la capa la escuadrilla, y hasta preparar las armas á todo evento. En efecto, al romper el alba

(1) Herrera, *Historia general de los viajes*, etc. decada 1, lib. VI, cap. XV.

(2) «Tenendo por certo che in quelle fortune ov'egli appaia, niun possa pericolare.» Fernando Colon, capítulo XLV.



el domingo 3 de Noviembre, se vió por la proa de la capitana una isla montañosa, á distancia de siete leguas próximamente. En honor del día la puso Dominica.

Gracias solemnes se dieron á Dios por los huéspedes de la escuadra, cuyo contento fué indescribible, pues la mayor parte de ellos, novicios en la vida de á bordo, estaban hastiados del régimen á que se habían condenado, y suspiraban por la tierra. Al dirigirse á la isla se descubrió otra á la derecha de la *Marigalante*, poblada de bosques inmensos, y un poco más léjos cuatro más. No habiendo podido encontrar un puerto seguro en la Dominica, pasó Colon á la segunda isla, saltó en la playa con la bandera de la expedición en la mano, y rodeado de su estado mayor, tomó posesion de ella en nombre de S. S. A. A., en la forma acostumbrada; y consagrándola á la virgen, la llamó *Marigalante*. El P. Boil y sus religiosos no venian en la capitana, sino en otro buque, y como astrónomo, el amigo de Colon Fr. Juan Perez de Marchena, estuvo á su lado con la oficialidad, siendo así el primer ministro de Jesucristo que pisó el Nuevo Mundo. Á esta circunstancia debió el bendecir la cruz de madera (1), que, segun su costumbre, hacia levantar el almirante en las tierras que descubria, para simbolizar el objeto de su empresa y honrar al redentor del género humano.

Al día siguiente se acercó el virey á la isla más grande del grupo, y la bautizó con el nombre de Guadalupe, en memoria de Nuestra Señora del convento de Guadalupe en España, y en cumplimiento de lo prometido á los religiosos de aquel monasterio.

Envióse la más pequeña de las carabelas en busca de un puerto, y su capitán, habiendo encontrado un sitio cómodo, desembarcó acompañado de algunos de los suyos y entró en las cabañas, que con tal presteza abandonaron sus habitantes al acercarse ellos, que ni se cuidaron de llevar consigo á todos sus hijos. Halló dos loros muy grandes de una especie desco-

(1) «Ybidem in littore Pater Peretius sanctæ crucis trophæum primitus erexit.» Fortunatus Hubertus. *Menologium S. Francisci*, historica proloquia, p. 67.

nocida todavia, algunos guacamayos, algodón hilado, comestibles, y «en particular cuatro ó cinco huesos de brazos y piernas humanas» (1).

El almirante estaba en la principal de aquellas islas caribes, hácia las que hizo rumbo al partirse de Canarias con exactitud tan prodigiosa que llegó en derechura al centro del imperio de los canibales. Porque la Guadalupe, que sus feroces habitantes conocian por Toruqueira, era la presidencia, por decirlo así, de la confederacion antropófaga.

Al día siguiente el almirante envió desde el amanecer varios destacamentos, conducidos por capitanes, para que se internaran y tomaran noticias de los habitantes de la isla. Estos destacamentos se señalaron un radio cada uno, que batieron en vano, pues tornaron á las carabelas sin haber podido coger más que un rapazuelo, al que su padre, sin duda para correr con más ligereza, soltaria de la mano, y algunas mujeres extranjeras cautivas, con un mozo como de catorce años de edad; tambien se apoderaron de varias indígenas, que no vinieron á las carabelas sino por fuerza.

Aquella tarde Diego Marquez, veedor de marina, encargado del mando de una de las carabelas, bajó á tierra con ocho hombres, sin permiso, y no volvió á dormir á bordo, ni tampoco el día siguiente. Llenóse Colon de inquietud, y como todos los suyos temió que hubiesen sido muertos y devorados por los caribes, porque de lo contrario, como había entre ellos marinos de mucha capacidad, por la sola observacion de las estrellas hubieran debido encontrar el camino. Envió el almirante fuertes destacamentos en su busca, hizo tocar trompetas y disparar alcabuzazos en los bosques, y despues de haber esperado dos días en vano, con el objeto de despertar el espíritu de la ordenanza, fingió deseos de aparejar, diciendo que, ya que desembarcaron sin su permiso, los abandonaba á su suerte. Los amigos que tenía el veedor en la flota le suplicaron no expusiera aquellos infelices á la ferocidad de los caniba-

(1) Dr. Chanca. *Carta á los señores de la municipalidad de Sevilla*. En la coleccion de Navarrete, tomo I.



les, con lo cual pareció dejarse vencer y esperó. Mientras tanto hizo hacer leña y agua, y lavar la ropa de los marineros, permitiéndoles ir por tandas á solazarse en la ribera, y envió al intrépido Alonso de Ojeda, cuya sagacidad le era conocida, para registrar los alrededores á la cabeza de cuarenta hombres. No obstante la rapidez de su marcha por entre intrincados bosques, y el ir disparando por intervalos los arcabuces y tocando un clarín, tornó sin haber dado con el rastro de sus compatriotas, ni la sombra de un indígena.

El almirante, por su parte, hacia con el estado mayor frecuentes incursiones, examinando el terreno y visitando las viviendas, abandonadas por sus habitantes, lo cual le proporcionó ver en ellas gran cantidad de cráneos sirviendo de utensilios, encontrar en una cabaña el cuello de un hombre cociéndose en una especie de marmita, y en otras, muchas cabezas, brazos y piernas humanas, suspendidas del techo á guisa de pernils.

Por las mujeres cautivas supieron que los hombres de aquella parte de la isla habian partido con su jefe, en número de unos trescientos, en diez grandes canoas, para hacer sus abastos de carne humana en las tierras vecinas. Se aventuraban á veces estas gentes hasta más de cien leguas de distancia en sus embarcaciones para robar hombres, cuya carne parecia á sus feroces paladares un manjar delicioso; de la de las mujeres y los niños apenas se cuidaban, sin embargo de que á veces cogian á los unos para engordarlos y comerlos cuando hubieran llegado á la adolescencia, y á las otras para que fuesen sus esclavas ó mancebas, cuando su hermosura les merecia tan repugnante honor. Si tenian hijos de ellas, no se libertaban por eso del cuchillo, y á pesar de la desesperacion de sus madres los mutilaban horriblemente, ocupándolos luego en diversos cargos hasta su pubertad, en que los comian. Esto era tratarlos como á capones, para que mientras más gordos estuvieran, más sabrosos (1).

(1) Petri Martyris Anglerii, mediolanensis. *Oceanae decadis prima*, liber secundus.

No conservaban sino los hijos cuya madre hubiese nacido en su isla. Más de veinte cautivas y tres niños siguieron á los españoles á sus buques; los inocentes varones habian sufrido la más horrenda mutilacion. Várias veces vinieron prisioneras á pedir á los de á bordo las llevasen consigo; pero Colon, despues de adornarlas de cascabeles y abalorios las hizo poner en tierra contra su voluntad, persuadido de que la vista de los dijes decidiria á algunos insulares á venir por presentes iguales. Mas al dia siguiente, cuando los marineros desembarcaron para hacer agua, se les presentaron mostrándoles sus brazos despojados de las bujerias, que sus amos les quitáran brutalmente y pidiéndoles las llevasen consigo, pues preferian mejor abandonarse á países desconocidos, que permanecer sometidas á los crueles y despiadados tratos de los caribes.

En el momento en que la escuadra, despues de ocho dias de espera, iba á levar anclas, se divisó á Diego Marquez y sus compañeros, trayendo consigo diez mujeres ó niños. Llegaban estenuados y con las ropas hechas girones, que los infelices tuvieron que soportar horribles sufrimientos, aumentados con el temor de verse abandonar de los suyos, pues siempre que quisieron orientarse trepando por los árboles, la espesura de las lianas y la abundancia del follaje no les permitió distinguir ni las estrellas siquiera. Sin embargo del interes que infundió su situacion y del placer general que causó su vuelta, el almirante, para ejemplar castigo, tuvo la firmeza de poner en arresto al capitán y disminuir una racion á los ocho que sin su licencia se partieron.

En seguida salió la flota.

Al dia siguiente, á las doce de la mañana, iban costeando una isla alta, en extremo pintoresca y lozana, que llamó Colon Monserrat, en honor del célebre monasterio de la Virgen que hay en una montaña de Cataluña. Pero ni el más leve indicio de cultivo ni de moradores se divisaba en sus orillas. Utiás, agutises, loros é iguanas eran sus únicos habitantes, pues abusando de su cercanía los antropófagos de la Guadalupe la tenian convertida en un desier-



to. La raza humana habia desaparecido de allí «devorada por los caribes,» dice Fernando Colon (1).

Colon la contempló con ojos tristes, y sin detenerse prosiguió su rumbo.

Por la tarde vióse una isla, á la cual puso el almirante bajo el patrocinio de la Virgen, con el nombre de Santa María de la Rotonda.

Al otro dia se diseñó en el horizonte otra con hermosas apariencias, que mereció llamarse Santa María la Antigua, apellido que conserva, abreviado en Antigua.

Al siguiente abordaron á una isla con aldeas y algun cultivo, «y aunque Colon no hubiera estado nunca en ella, se guiaba perfectamente,» dice el cirujano mayor (2), admirado de la pasmosa exactitud que tenia hasta en las cosas desconocidas. Por indicacion suya llegó la gente á una cabaña, cuyos huéspedes huieron, sin que pudiera cogerse más que seis mujeres y algunos niños, igualmente robados de las playas vecinas.

Al volver con su presa la chalupa, se divisó á lo largo de la costa una canoa con cuatro hombres, dos mujeres y un niño, que salia de una ensenada oculta entre rizóforas, y quedaron los indígenas tan admirados con la vista de la flota, que durante más de una hora permanecieron inmóviles á dos tiros de mosquete, absortos en su contemplacion, y como en su sorpresa no reparasen en la chalupa, ésta se deslizó por la orilla para cortarles la retirada. Mas apercibidos los caribes de la maniobra, toman con aire resuelto los arcos, aun cuando tienen que habérselas con más de veinticinco soldados, y así hembras como varones comienzan la batalla. Quedan heridos con sus flechas envenenadas dos españoles, y de seguro que, á no ser por las adargas y corazas, habrian hecho en un instante mucho mal, que tan recios eran

sus arcos y tan bien hacian la puntería. Entónces el oficial hizo chocar la chalupa con la canoa y dió al traste con ella; pero no por eso dejaron los caribes de causar daño, pues salieron á nado, y cuando posaban los piés por algunos segundos en la arena, proseguian el combate. Al fin escaparon á zambullidas, y los españoles, sin más trofeo que uno de los feroces insulares, que aun para eso fué menester atravesar de un bote de lanza, de cuyas resultas murió, llegaron á bordo.

En la tarde del otro dia se reconoció una isla, que el virey llamó Santa Cruz, y al siguiente se divisó un archipiélago, á cuyo islote mayor puso Santa Úrsula, y colectivamente á más de cuarenta inmediatos las Once mil vírgenes.

Horas despues tocaron en una isla grande y hermosa, patria de la mayor parte de los indios refugiados en las carabelas, y á la cual denominaban Boriquen; pero el almirante, que venia para cambiar sus destinos, la dió el nombre de San Juan Bautista, precursor del divino Maestro. Expuestos á las incursiones de los caribes, sus habitantes usaban, como ellos, las flechas, aunque sólo para defenderse. Sus casas elegantes y sus deliciosos jardines eran muestra de su habilidad. Formaban delante de sus cabañas balcones y galerías vestidas con enredaderas para gozar del fresco y de la perspectiva del mar; mas ignorantes en punto á navegacion, no construian canoas de guerra. La naturaleza ostentaba en este paraje las más espléndidas de sus galas.

Entónces el almirante se dirigió á todo trazo á la Española, cuya guarnicion anhelaba ver. Avistóse á poco una costa, que nadie en la flota conoció, y que á los venidos en el primer viaje tuvo dudosos de si seria ó no la de la isla que buscaban, pero por la cual Colon, sin embargo de serle del todo nueva, siguió con gran seguridad hasta llegar al fortín, lo que hizo decir al doctor Chanca que, «con la gracia de Dios y el saber del virey, caminaron á la Española tan derechamente cual por vereda muy trillada.»

(1) *Historia del almirante*, cap. XLVII.

(2) Dr. Chanca, *Carta á los señores de la municipalidad de Sevilla*.